

LA CIUDAD SIN HORIZONTES

N.Y.

1.º PREMIO DEL II CONCURSO DE REPORTAJES "MUNDO HISPANICO"

Por PABLO GARRIDO

(FOTOGRAFÍAS DE PEDRO D'ANDURAIN)

CUANDO el hispanoamericano pisa por vez primera tierra estadounidense, le invade un desconcierto supremo. No es cuestión idiomática —que aún esto ya lanza al experto en lengua de Shakespeare fuera de quicio— ni lo es por la infinita gama de la pigmentación de sus habitantes. No son las mil ocurrencias que la mecánica y la tecnología surten en aras del «safety first» (seguridad ante todo) o del apremio que exige la vida «moderna».

Cuando New York se abre ante los ojos atónitos, como abanico con lacas de funambulescos ensueños, ya pareciera que todo «aquello» nos era familiar. En verdad, jamás ciudad alguna del mundo civilizado tuvo mayor publicidad y, ciertamente, hasta en los rincones más lejanos adolescentes taciturnos sueñan con la babilónica estructura del Empire State Building, rascacielo de 102 pisos, con capacidad para 80.000 personas. Nosotros, los que ya formamos la generación recién desplazada, soñábamos con la Torre Eifel, pieza mecánica de extraña mística montparnassiana, a la que Vicente Huidobro llamara un día «guitarra del cielo».

Caminamos por las simétricas calles —no las hay mejor trazadas en otras grandes urbes— admirando un orden que nos violenta frente a nuestra conducta demasiado imprecisa en lo que a reglamentos y disposiciones de tránsito público se refiere. Los automóviles parecen amordazados, puesto que sus bocinas si llegan a escucharse, es sólo cuando acontece un retraso inesperado o inexplicable en la sincronía del movimiento integral del tráfico de peatones o vehículos motorizados. Aún en las arterias de aglutinación humana, como Broadway, la Calle 42 y Times Square, las masas compactas se mueven con una regularidad desesperante, no estando ajeno a ello el permanente cordón de policía con su voz parca de «siga caminando» que amedrenta al curioso embobado en alguna vitrina y lo saca de su letargo momentáneo. Y cuando llega la hora del «rush» (precipitación, que significa propiamente avalancha), cada tarde a las cinco, cuando cuatro millones de empleados terminan sus labores cotidianas, es siempre un horroroso espectáculo del que conviene apartarse, so pena de ser prácticamente arrasado por el aluvión humano totalmente desquiciado. Cuatro millones de hombres, mujeres, viejos y jóvenes, que arrancan desesperados hacia sus lejanos hogares, fuera del radio

EL EMPIRE STATE BUILDING, UN ORGULLO DE NEW YORK: EL EDIFICIO MÁS ALTO DEL MUNDO: 102 PISOS, 60 ASCENSORES Y CAPACIDAD PARA 80.000 PERSONAS. ALGO MÁS QUE UNA CIUDAD. FUÉ CONSTRUÍDO EN 1931.



de Manhattan, la isla que creció hacia las nubes sobre una base de apenas 311 millas cuadradas, comprendidos los distritos de Bronx, Brooklyn, Queens y Richmond, que la rodean y alimentan. Entonces los «subways» (ferrocarriles subterráneos) y los «buses» (omnibus), compiten con el ahora único «el» ferrocarril elevado, que corre por la Tercera Avenida, y aunque parezca mentira, en una hora la ciudad entera recobra la extraña calma normal, normal decimos, en relación a su estructura ciclópea.

Pero, no es allí donde radica el desconcierto que oprime y deprime al hispanoamericano cuando llega a la capital del mundo. ¿Cómo definir esa angustia, ese desconsuelo sórdido? Evoca, uno, las campiñas doradas con sus campesinos llenos de alegría de vivir; hurga en el fondo de las metrópolis bullentes: Buenos Aires, Río de Janeiro, México, Bogotá. Pero, nada hay de común con esta ciudad de cemento y acero. Ciertamente es que aquí todo es de proporciones gigantescas, todo se hace en grande escala, todo «tiene» que ser lo mayor, lo más grande, lo único. Y ya aquí empezamos a comprender que estamos un tanto en derrota. Porque ¿no es verdad que a nosotros nos basta con lo mínimo, lo imprescindible, lo ligeramente pasable?

Por ejemplo, ¿qué empresa de espectáculos iría a crear, en nuestros países, un cinematógrafo colosal como Radio City, o una pista cerrada como el Madison Square Garden, donde se apretujan miles y miles de seres humanos? Lo más probable es que, con igual inversión levantáramos numerosas estructuras menores, o, posiblemente, varias de diversa índole. Cuando recorremos el Rockefeller Center, en el corazón de New York, y observamos sus catorce rascacielos apiñados en tres cuadras, entre la Avenida de las Américas y la Quinta Avenida, y vemos su pista de hielo y jardines al aire libre, todo trazado como por la varita de virtud de las hadas de nuestra niñez atormentada, es entonces cuando comprendemos la angustia de esta ciudad que quiere crecer y no tiene hacia donde, sino hacia el azul. Es entonces cuando comenzamos a entender, también, que el crecimiento vertical va a infringir la caducidad de la visión horizontal. Pero, y he aquí algo fatídico, el neoyorkino no mira hacia la cresta de sus rascacielos portentosos, y si lo hace es tal vez con la indiferencia del que sabe que cualquier construcción allí tiene que elevarse arriba de cuarenta pisos, y que después de éstos puede haber quinientos más. No le interesa escalar alguno de los centenares de rascacielos, sabe que en cuestión de segundos está arriba con ascensores que saltan de 15 en 20 pisos en cada parada. Pero, hay algo más.

El crecimiento vertical, no en hondura, sino en elevación, crea, por la copiosidad de las masas de acero y cemento, la negación del horizonte propiamente tal, con todo el para nosotros preciado campo de sugerencias, evocaciones y añoranzas. Nuestras costas, nuestros pueblos, nuestras campiñas, nuestras pampas o desiertos, todo, absolutamente todo nos invita a tender la mirada en el remanso del horizonte. Somos pueblos de grandes horizontes, donde la fantasía y el recuerdo —congeniados por milagro inadvertido— precisan de esa balsámica vagancia que es reposar el ojo en el infinito, que es como mirar dentro del alma. Y aquí, de seguro, un neoyorkino nos respondería que eso de «horizontes» no es ni práctico ni útil, que es un concepto romántico y anticuado que sólo se registra en los libros de poesía que ya nadie lee y que tampoco para nada sirven. Es cierto, hubo hombres así entre ellos: Poe, Whitman, Emerson, y tal vez los haya entre los extraños habitantes del Greenwich Village, donde se agrupan (como piños de ganado) los hombres que pintan, dibujan, hacen literatura, danzan y crean música «long haired» (de cabellos largos, que quiere decir exactamente música culta o «clásica», aunque lo sea atonal).

Pero si el consenso neoyorkino presume de huir de las grandes manifestaciones del espíritu, la ciudad está dotada, como ninguna otra en el mundo, de los mayores y mejores museos donde se pueden encontrar colecciones de valor artístico, científico y literario insoñado. Aparentemente, pues, hay un conflicto, entre las autoridades civiles y los filántropos que crean estos magníficos palacios del arte y de la cultura espiritual, y el morador de la metrópolis. Y si se hacen estadísticas, sin embargo, la afluencia de visitantes es realmente arrobadora. ¿Cómo explicarse esta actitud del hombre de la calle? No quiere, en verdad, crearse problemas estudiando el origen de la

Cultura, y le basta, parece, con visitar de cuando en cuando aquellos museos, acudir a conciertos y conferencias y enterarse por la prensa y otras publicaciones sumariamente «de qué se trata». Por ello, Picasso puede ser tan familiar como Babe Ruth (el recientemente desaparecido jugador de base-ball), y Jascha Heifetz pasa a ser un hombre de todos los días, con la sola diferencia que Babe Ruth y los suyos son ídolos, y los otros son personajes que «conviene oír de vez en cuando». Es práctico, en esto, el neoyorkino, y quizás tenga sus razones. En todo caso, cuando le interesa saber sobre Modigliani o El Greco, puede entrar a un museo y: «allí está». Como algo ajeno, como algo exótico, quizás importante en su época, ya que merece venir a parar a un museo, pero nada más.

Y, cosa curiosa, no hay artista intelectual o científico que no anhele «pasar» por New York. Cuarenta exposiciones se abren en las Galerías de la Calle 57, cada semana; quince conciertos diarios se anuncian. Aquí es la «consagración», diríase. ¿Por qué? ¿Cómo explicarse esta paradoja? Pareciera que el solo paso por New York da categoría al intelectual y al artista, ya que todos, sin excepción añoran hacerlo. Y, ¡cuántas decepciones hemos visto, cuántos fracasos, uno tras otro, a diario, muchos al día! Conocemos pintores, escultores, escritores y artistas músicos creadores e intérpretes, que, tras ingentes sacrificios han venido a buscar la consagración a esta capital del mundo, y han tenido que marchar amargados malogrando sus espíritus al no encontrar siquiera «contacts» (contacts, vale decir personas de influencia que les patrocinen o den derroteros). Algunos han logrado hacer demostraciones de su talento, y hasta han obtenido noticias en los periódicos o diarios y revistas de «arte», pero, de nada les ha valido, porque el «manager» (empresario) que podría abrirles camino sólo busca «big names» (nombres grandes o consagrados), y el público no quiere sino lo que se le da respaldado por gran publicidad.

No obstante, hay «elites», como en toda gran ciudad, y es posible encontrar hombres jóvenes de real talento —nativos o foráneos— abriéndose paso difícilmente, pero con seguridad. Así, los grupos de pintores «non-objective» y «abstract» y los compositores que escriben en el llamado estilo «contemporáneo», tienen sus capillas, tienen sus pequeñas salas y su grupo de seguidores.

Y cuando el forastero quiere indagar sobre el vecino, sobre sus vicisitudes, encuentra otro abismo. Nadie sabe nada, nadie se entera de nada, ni se interesa por lo que ocurre en torno suyo. Vemos caras, pero no corazones —como dice el adagio—. En la playa, en Coney Island (ese febril campo de diversiones mecánicas), en el pulmón del Central Park (con su laguna y sus museos), en las plazas públicas, en todas partes, el hombre camina ensimismado, ajeno a la alegría contagiosa del niño que se desliza por el «tobogán» o en el trineo de nieve albísima, ajeno al harapos que porta su media botella de «rzc» (whiskey nativo) asomando por el bolsillo de su americana, o de la pizpireta «flapper» que con su paso ondulante parece abanicar el follaje de Riverside Drive.

En una Exposición de Fotografía, las modelos posan sonrientes para las cien cámaras de los aficionados. En esas sonrisas, con astucia femenina encubren mil miserias hogareñas, hambres y desilusiones sufridas en el fallido anhelo de una «segunda parte» o «extra» del Hollywood monstruoso y sublime. A veces, en algún parque público, un viejo queda abstraído bajo el calor de un sol fugaz de invierno, y pensamos: «la vida». Eso es, allí está retratada la «vida», en ese desconocido que jamás volveremos a encontrar. Y él pensará —cuando nos ve enfocar nuestra cámara fotográfica— que es imposible que nosotros le estemos tomando un retrato a él, a él que lleva el peso de una existencia tortuosa, que es la caricatura de un ser humano, que ha sido pisoteado por el destino y que de buen grado huiría de aquel infierno que tanto amó. Duerme, quizás, en los muelles de la Catorce, o en las bancas de las Plazas (si los «cops» no lo invitan a caminar). La vida, la vida, parece decir con un rictus de amargura. Quizás tiene su morada en el Barrio Judío, en el Bowery o en el Bronx. Qué más da, todo es igual, incoloro, sin sentido —¡tal como su vida!

Otras veces nos remontamos a la terraza del RCA

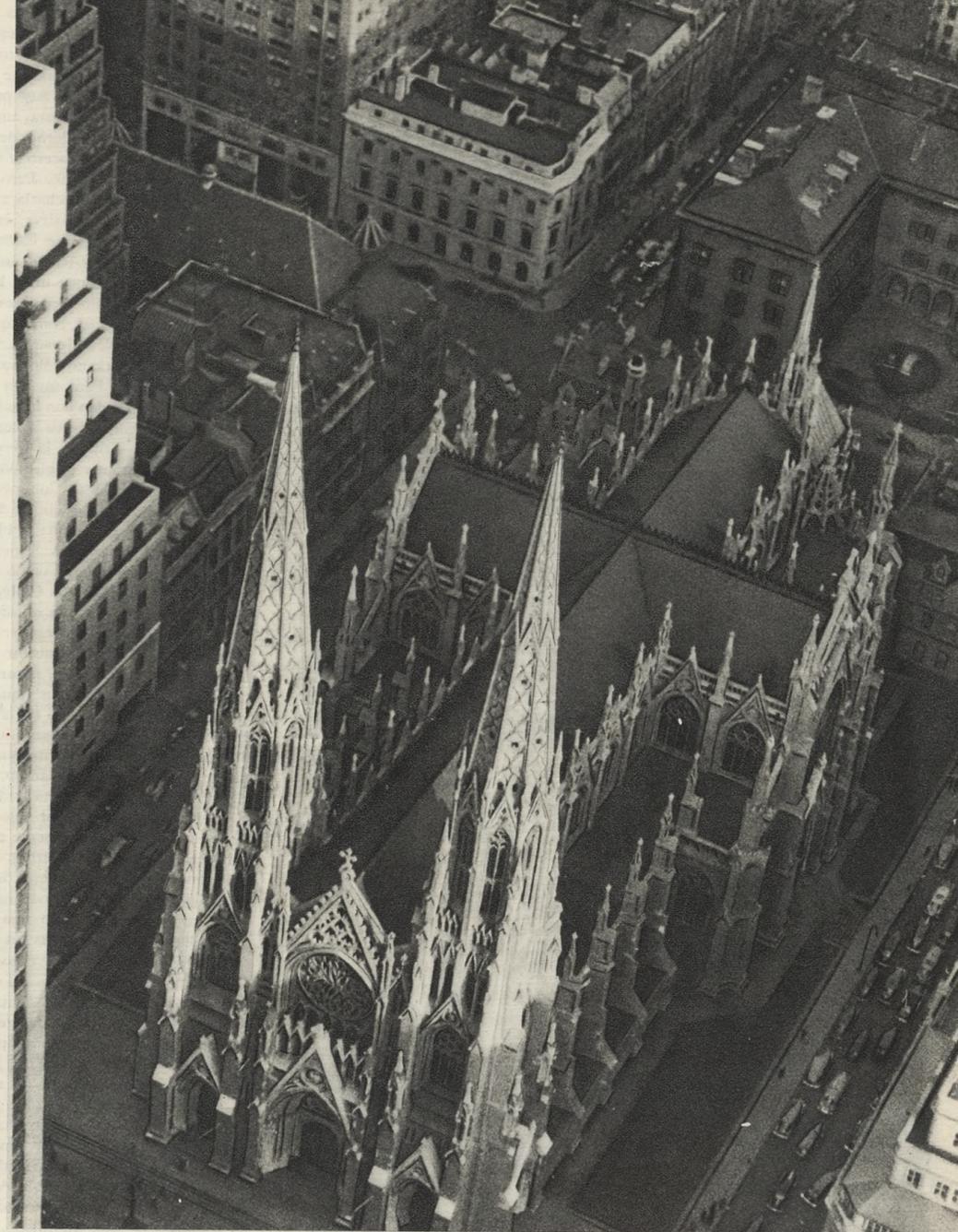
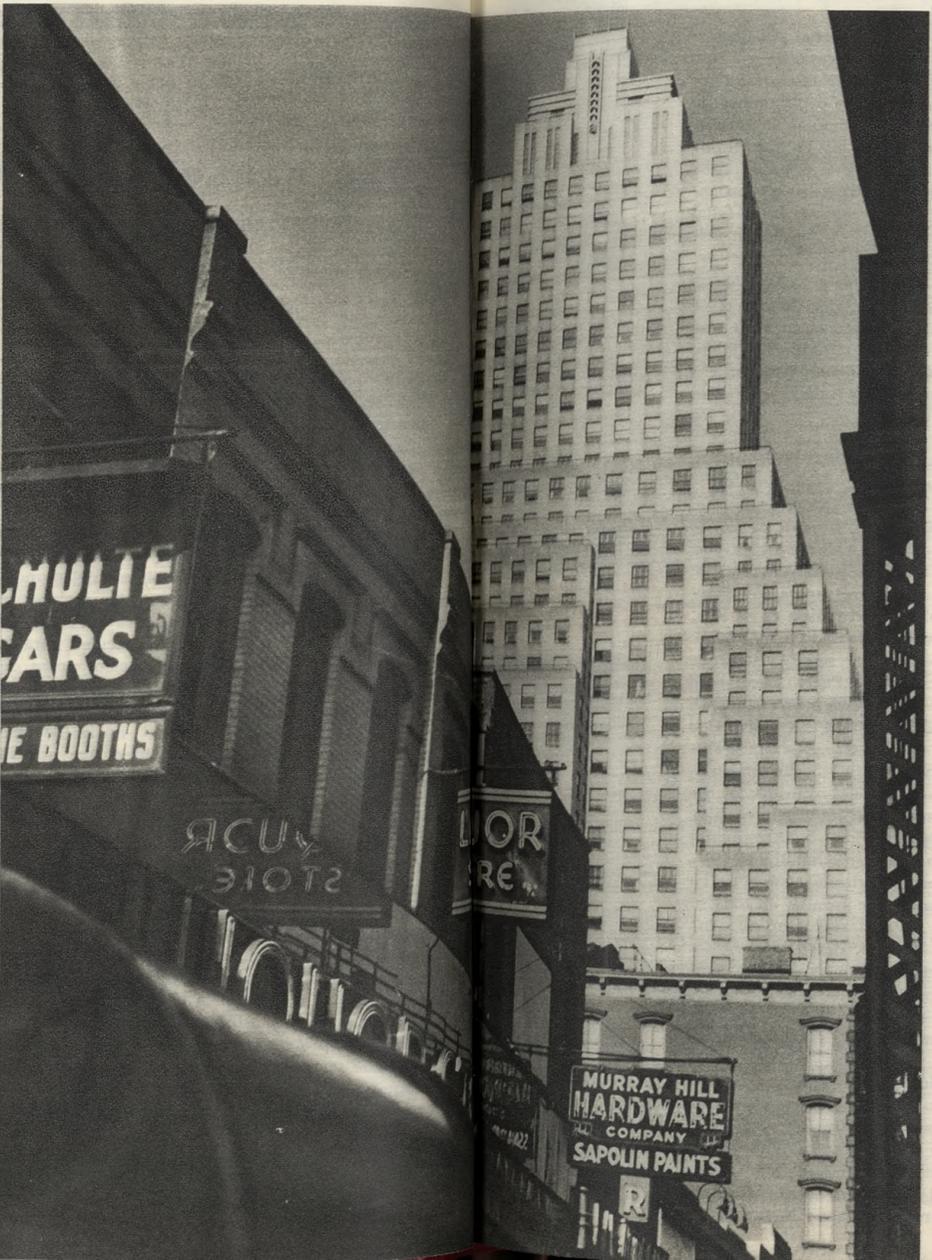
EDIFICIO PARAMOUNT, DESDE LA TERCERA AVENIDA



EAST RIVER DRIVE, PISTAS ARTIFICIALES, ORILLAS DEL RÍO



VISTA DE UN RASCACIELOS DESDE «SOUTH FERRY»



CATEDRAL DE SAINT PATRICK, CATÓLICA, «TAPADA» POR LOS 14 RASCACIELOS DEL ROCKEFELLER CENTER.



IMPRESIONANTE PANORÁMICA DEL «HORIZONTE» DE N. Y., DESDE LA PLÁCIDA LAGUNA DEL CENTRAL PARK.



ARTISTAS DEL GREENWICH VILLAGE: AQUÍ, UN PINTOR EN PLENA CALLE.



CONEY ISLAND, EL PARQUE DE DIVERSIONES MÁS GRANDE DEL MUNDO.

Building, desde cuyo 70° piso dominamos la isla de Manhattan y, por fin, el «horizonte». Y aquí abajo, a nuestros pies mismos, se empujan las agujas de las torres de la Catedral de San Patricio, remedo de la Catedral de Colonia. Es un remanso para el espíritu pensar que aquí hay paz, aquí hay convivencia humana, fe cristiana y una esperanza, una gran esperanza. El gótico de su fábrica, proyección moderna del siglo XIII, parece desafiar triunfante los monolitos de acero y cemento que ya la parapetaron en aras del progreso urbano. Pero, la tierra se hace chica en New York, y hay que aprovecharla a cualquier precio. Así, también, el East River Drive, que sirve de carretera exclusivamente para el tráfico de automóviles, se construyó artificialmente a lo largo de la ribera este del East River, área estrictamente residencial. ¿Y qué decir de los puentes que unen la isla de Manhattan con los diversos distritos? No sólo son piezas de ingeniería ingeniosas, sino tienen su belleza especial, como aquel Washington Bridge que conecta New York con New Jersey a través del río Hudson.

Pero, New York no sólo posee «records» en su grandeza material o urbanística. Famosas son sus universidades, que en número superior a 30 cumplen con la noble misión de darle las herramientas de la cultura humanística a centenares de miles de muchachos y niñas. Así, por ejemplo, la New York University en sus diversas escuelas registra una población universitaria de arriba de 65.000 individuos, y la célebre Columbia University cuenta con no menos de 50.000 alumnos. La ciudad de New York mantiene cerca de 800 escuelas públicas, con una población escolar superior al millón, y el Consejo de Educación Superior de New York supervisa instituciones tan prestigiosas como el City College, Brooklyn College, Hunter College y Queens College. Aquí puede notarse cuán honda es la preocupación de las autoridades educacionales, ya que todos y cada uno de esos establecimientos están dotados de cuanto material instrumental es dable concebir como útil para el mejor desarrollo de los mismos y en esto, naturalmente, no creemos que nadie les haya superado, igualado o siquiera acercado.

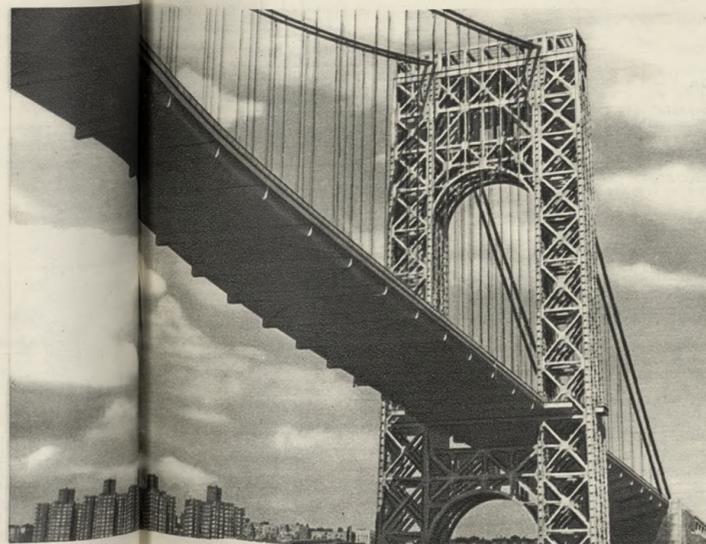
Y, entonces pensamos en la austeridad de material pedagógico de nuestros equipos educacionales, y comprendemos la enorme distancia que nos separa de este poderío sin límite tan admirablemente enfocado en este campo. Nada que el niño o el hombre de ciencia desee saber le está vedado, todo está como «a la mano». Y si el hindú quiere saber algo sobre su patria, allí en sus bibliotecas está todo, absolutamente todo clasificado. Y si el niño quiere conocer la vida de las cavernas, allí están los «dioramas», las reconstrucciones cabales con cuanto detalle es dable imaginar. Nada falta, y aún pareciera que de todo hay de sobra, que ya llegará un instante en que tendrá todo una aplicación práctica.

Todos los credos, todas las razas, caben en esta funambulesca ciudad, a su modo, pero caben. Hondas escisiones dividen a la ciudadanía, es cierto, pero así y todo, cada cual es útil a su manera, y a la manera de los demás. Por ejemplo, el judío —que hay discriminación cerrada y fuerte— se sabe humillado, pero de esa condición saca justamente su provecho. Así, no siendo su día de guarda el domingo, el Barrio Judío de New York es uno de los sitios más frecuentados y de mayor tráfico comercial justamente en los domingos, cuando todo el comercio «cristiano» está cerrado por descanso legal. El negro sufrirá humillación —que hay discriminación cerrada y fuerte, también—, pero sabe que, a la postre, sacará la mejor lonja divirtiéndose al «blanco», ya con sus orquestas (¡ay! Duke Ellington, Louis Armstrong, Cab Calloway!), ya con sus «shows», ya con sus campeones en deportes y destrezas físicas. El irlandés, se sabe humillado, pero, a la postre supera sus complejos, porque viste el uniforme del policía, y el policía es «la ley», y con la ley nadie juega. El puertorriqueño —lanzado a las barriadas de Harlem y Bronx, destinadas a los negros— sufrirá vejámenes por hacer de New York la primera ciudad de Puerto Rico, pero está seguro que en un momento dado los 400.000 puertorriqueños de la capital del mundo serán objeto de la codicia del político en apuro. Nada ni nadie, en verdad, está de más en esta extraña ciudad, ni la nieve que obstruye caminos y calles, ni el calor endemoniado que hace sudar a la gente como en infernales baños turcos. La nieve exigirá contingentes especiales para limpiar las vías, y el calor dará inusitado movimiento a las «soda-fountains» o refresquerías que por millares de millares surgen en el área metropolitana.

Paradojal ciudad ésta, que al hispanoamericano agobia en su primer contacto, y que, a la larga, trata uno de asimilar en toda su grandeza y miseria. ¿Qué le falta para ser perfecta? ¿Qué no tiene que tengan nuestras metrópolis? Hay de todo, desde los vestidos más lujosos, exóticos y de buen gusto, a los irritantes «salcks» (pantalones de mujeres); desde las joyas más finas hasta los avalorios fabricados en serie, que se ponen de moda por una semana para ser suplantados a la siguiente por otros; desde las corbatas más ridículas en trazados pseudo-cubistas y de irritante contrastes de color, hasta las muy finas que podría lucir el más exigente «dandy» londinense; desde el «chile con carne» mexicano hasta el «chow-mein» chino; desde el turrón de Alicante hasta el «cheving-gum»; desde el receptor de Televisión hasta los telescopios ambulantes; desde el Father Divine (aquel redentor negro que tiene varios procesos encima) hasta el Cardenal Spellman; desde Einstein hasta Cantinflas. Todo cabe, todo; lo más irritante y lo más subli-



ESTA ES UNA ZONA INCONFUNDIBLE, POR LOS TIPOS HUMANOS, LOS NOMBRES DE LOS ANUNCIOS Y LAS ACTIVIDADES DE SUS HABITANTES: EL BARRIO JUDÍO DE N. Y.



EL FAMOSO PUENTE DE WASHINGTON, SOBRE EL RÍO HUDSON.



TÍPICA MODELO DE N. Y., POSANDO PARA LOS FOTÓGRAFOS AFICIONADOS EN UNA EXPOSICIÓN.



EL HOMBRE: TIPO FINO, NOBLE, LAS MANOS LARGAS, LOS ZAPATOS GASTADOS, LA CAMISA RAÍDA. ES LA VIDA, EN LA CIUDAD FABULOSA QUE LE ENVUELVE. ¿RECUERDA EL LECTOR A AQUEL MENDIGO CON QUE ABRÍA UNA ESTUPENDA PELÍCULA DE ANATOLE LITVAK: «CIUDAD DE CONQUISTA»? A LA CONQUISTA DE LA CIUDAD, CON LA ESPERANZA DEL TRIUNFO MATERIAL, LLEGAN CADA DÍA MILLARES DE HOMBRES, DICE EL MENDIGO, ESCÉPTICO, EN EL INTROITO QUE SIRVE DE TESIS. DESPUÉS, LA INMENSA CIUDAD IRÁ DEVORANDO A TODOS LOS PERSONAJES DE LA PELÍCULA, MENOS A UNO. PERO VOLVAMOS AL PRINCIPIO, CUANDO EL MENDIGO ESTÁ RECOSTADO EN LA BARANDILLA DE UN PUENTE DE NEW YORK. UN GUARDIA CONMINA DURAMENTE AL HOMBRE FRACASADO: «SIGA SU CAMINO», Y EL HOMBRE, FILOSÓFICAMENTE, REPLICA CON UNA SONRISA AMARGA: «¿Y CUÁL ES MI CAMINO, GUARDIA? ¿LO SABE USTED?» EN EL RICTUS DRAMÁTICO DE ESTE CIUDADANO DE NEW YORK—QUE NO ES EL DE LA PELÍCULA, SINO OTRO CUALQUIERA—SE PINTA TODA LA TRAGEDIA DE LA CIUDAD SIN HORIZONTE.

me, en aparente concomitancia y violenta congruencia.

Pero, siempre, algo falta, algo echamos de menos. ¿Qué es?

Extraña ciudad ésta, contraste violento con el resto de la nación norteamericana, especie de Hollywood sin romance ni feliz epílogo. Por un lado surcan la niebla los «gans» (grupos juveniles ligados por ociosidad delincuente) que asaltan barriadas enteras, y por otro el «Salvation Army» (Ejército de Salvación) predicando la bondad cristiana. Por una parte la Y.M.C.A. (Asociación Cristiana de Jóvenes), y por otra la Y.M.H.A. (Asociación Judía de Jóvenes), cada una buscando el camino de la verdad.

Pero, ¿es que hay una verdad?

Pero, ¿interesa «otra» verdad?

He aquí un planteamiento paradójico, pero legítimo.

¿Cómo llegar a él? El desarrollo material de este pueblo ha sido tan inusitado y tan esplendente, que diríase asfixiado en su propia arrogancia. A veces, en medio del laberinto neoyorkino hemos pensado en los símbolos que se enarbolan en las franjas y estrellas de la bandera norteamericana, hemos entrevistado a los peregrinos del «Mayflower», hermanados con la magra estampa de Abraham Lincoln, caminando hacia esa colosal estatua de la Libertad anclada en la puerta de la ciudad mayor del mundo. Y hemos pensado en el vía crucis del pueblo norteamericano cobijando hombres de todos los pueblos, con anhelos y ensueños, haciendo un hogar nuevo de la tierra americana. ¿Se sumaron esos forasteros a los ideales sinceros y puros de aque-

llos símbolos? ¿No habrán arrollado los objetivos generosos, en la angustia biológica de revivir en tierra foránea?

Porque, y he aquí lo que tanto buscábamos, a esta ciudad de gigantes lo que le falta es cordialidad humana, amor y convivencia auténticos, eso de que los pueblos hispanoamericanos no alardeen por desconocer que se pueda vivir sin aquella entrega total respecto del destino individual. Cuántas bendiciones nos trae, en nuestra pequeñez y pobreza, esa cordialidad humana, que aquí, si aflora, es de tarde en tarde y en el rincón secreto del hogar de aquellos que mucho han amado y mucho han vivido en santidad cristiana.

Uno abre las ventanas de su hotel, y por encima de las negruzcas humaredas de los hornos y la viscosidad de la atmósfera, surgen voces lejanas de pretéritos colonos holandeses, y como si entreviéramos un área desierta por allá lejos a comienzos del siglo XVII, y como si la silueta de silentes indios se hermanara con tostados europeos y morenos esclavos, todos en un consorcio de genuinas fantasías y mitos. Vemos a George Washington leyendo, un 9 de julio de 1776, la declaración de la Independencia, y despertamos ante esta tremenda realidad de una ciudad con propiedades por valor de 17.000 millones de dólares; y, tenemos fe, creemos en que así como se operó el milagro sobre la roca dura, habrá de operarse otra vez ahora sobre las estructuras de cemento y acero.

Nos reconciliamos entonces con esta ciudad afiebrada, y pensamos que la cordialidad humana necesita hori-

zonte, mucho horizonte. Acaso, en estos tiempos modernos ¿no sería preciso revisar el concepto de horizonte? Nosotros tal vez estemos apegados a tradiciones mañosamente hermosas, pero ¿no será posible edificar un pueblo o una ciudad sobre algo más asidero que la tradición? New York es un reto a los convencionalismos y a las románticas concepciones del pasado. Su estatura no se apoya en tradiciones, porque en nada refleja tradición, a la manera que la tienen sus fundadores y moradores primitivos. Es posible, creemos, que sobre esta soberbia metrópolis se abra un nuevo tipo de horizonte: el de la cordialidad humana, y eso es lo que nosotros, hispanoamericanos, echamos de menos entre tanta cosa arrogante y bella y —sobre todo— práctica.